



MARIO ESCOBAR

SERIE APOCALIPSIS / I

Las siete copas



Lectulandia

La criminóloga Priscila Serrano, una joven latina agente del FBI, acaba de terminar sus estudios en criminología. Sin embargo, su vida parece no tener sentido alguno. No encuentra compañía para amortiguar su soledad, lo cual la lleva a dudar de sus creencias. Priscila se especializa en crímenes ritualistas cometidos en serie. Por eso cuando empiezan a morir pastores y sacerdotes en la ciudad de Miami, su jefa la pone a cargo del caso. A medida que avanza la investigación, Priscila se da cuenta que hay mucho más en juego que la muerte de pastores y sacerdotes. Fuerzas misteriosas y sobrenaturales parecen controlar al asesino, para así provocar el cumplimiento de antiguas profecías apocalípticas.

**Lectulandia**

Mario Escobar

# **Las siete copas**

**Apocalipsis-1**

ePub r1.0

fenikz 19.08.16

Mario Escobar, 2012

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.*

—APOCALIPSIS 16.1

# Prólogo



AQUEL domingo no fue como esperaba Peter Ramírez. Hacía calor; su esposa e hijos estaban de vacaciones con los abuelos en Puerto Rico, él había terminado el servicio religioso temprano, y decidió que era el mejor momento para utilizar la piscina de la pequeña mansión que había comprado en Coral Gables, justamente en Lago Minore. La casa no era la más grande de la zona, pero tenía dos plantas, ocho habitaciones y un embarcadero con un pequeño yate de recreo. A sus cuarenta años, Peter Ramírez representaba el verdadero sueño americano.

El pastor extendió la toalla en la tumbona y comenzó a beber un refresco de lima, mientras dejaba que el sopor del verano le adormilara por completo. Su esposa María y sus cuatro hijas eran lo mejor que le había pasado nunca, pero en ocasiones prefería estar solo. Necesitaba disfrutar del silencio, la paz y la tranquilidad de aquella maravillosa residencia.

Peter llevaba diez años en Estados Unidos, hacía dos que había conseguido la ciudadanía, y su pequeña congregación hispana ahora contaba con cuarenta mil miembros, una de las más grandes de la ciudad. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Las nubes cubrieron por unos instantes el imponente sol de Florida, y Peter decidió que era el momento de darse un chapuzón. Miró su hermosa piscina y la pequeña isla que tenía en el centro. Se preparó para zambullirse y después se tiró de cabeza. Mientras buceaba, experimentó el silencio gratificante de la nada, para salir a la superficie justamente enfrente de las maravillosas vistas al lago. Entonces notó unos pasos que se aproximaban. Peter tardó unos instantes en girarse, pues imaginaba que la molesta visita no era otra que la de su secretaria Cristina, siempre con mil asuntos que tratar. ¿Acaso no sabía que aquel día era de descanso?

Cuando Peter levantó la vista, no contempló el rostro picado y con gafas de su secretaria, sino que observó a un individuo vestido con un artificioso traje de payaso, como si estuviera buscando una fiesta de cumpleaños y se hubiera equivocado de casa. El payaso llevaba una sonrisa pintada en el rostro y una especie de antorcha en

la mano. El joven pastor estaba a punto de salir de la piscina para echar a patadas al intruso, cuando este arrojó la antorcha al agua. La superficie de la piscina comenzó a arder de inmediato y el pobre reverendo intentó sumergirse. Pasó unos segundos bajo el agua mientras observaba su piel completamente quemada, que al contacto con el frescor de la piscina le producía un tremendo dolor. Peter comenzaba a ahogarse; por eso, cuando ya no pudo resistir más, volvió a salir a la superficie, y las llamas se extendieron por todo su cuerpo a gran velocidad. Los dolores eran terribles, pero intentó salir de la piscina. Nadó entre las llamas, pero antes de llegar al borde notó cómo su cuerpo se colapsaba por el dolor. Cuando se detuvo y dejó que las llamas consumieran sus últimas fuerzas, su rostro moreno y su hermoso cabello negro estaban totalmente calcinados.

Peter Ramírez fue encontrado por su secretaria unas horas más tarde flotando sobre la superficie de la piscina. Cuando la policía de Miami sacó el cuerpo del agua, se sorprendió de que aquel hombre estuviera completamente carbonizado. Aquel era el cuarto asesinato de un pastor en menos de un mes, y todo el condado de Miami-Dade comenzaba a preocuparse. Un nuevo asesino en serie estaba aterrorizando a la ciudad y la policía parecía incapaz de dar con él.

# Capítulo 1



ERA el tercer café de la mañana, pero la cabeza de Priscila Serrano parecía a punto de estallar. Hacía cinco meses que se había graduado de la USF (University of South Florida) y hacía dos días que había comenzado a trabajar para el FBI Miami Division, después de un trimestre de duros entrenamientos. Al terminar su curso en el FBI, sus amigas de la universidad le habían preparado una fiesta, y ella había hecho algo que nunca solía hacer: beber más de la cuenta. Priscila se había criado en casa de su tía Clarisa, que a sus ochenta y cinco años seguía siendo una mujer vital y optimista. Desde pequeña había asistido con su tía a la pequeña iglesia pentecostal llamada Fuego del Cielo, pero tras dejar la pequeña ciudad de Ocala, la vida de Priscila había cambiado radicalmente. En los dos primeros meses de su estancia en la USF procuró mantenerse apartada del ambiente universitario, pero cuando se integró en la fraternidad Alpha Delta Zeta, su vida cambió por completo. No era que se hubiera convertido en una especie de juerguista empedernida, pero buscó nuevas amistades, comenzó a salir por las noches y dejó de asistir a la iglesia.

Aquella mañana, Priscila había tomado un analgésico e intentaba que la cabeza no le explotara, mientras su jefa Eunice Palmer le hablaba del caso en el que estaba a punto de entrar.

—Agente Serrano, el caso es urgente, la comunidad está preocupada por la oleada de asesinatos contra pastores y sacerdotes en el condado de Miami-Dade. Ayer encontraron el cuarto cadáver en la zona de Coral Gables, justamente en Lago Minore; se trata de un pastor llamado Peter Ramírez —dijo Eunice Palmer mientras le pasaba el informe completo a su agente.

Priscila había leído algo en los periódicos, pero hasta ese momento se había hecho cargo la policía del condado. Por desgracia, en ocasiones Miami podía ser una ciudad violenta, y al principio las tres primeras muertes tenían la única coincidencia de haberse producido en domingo y contra tres ministros cristianos.

—¿Por qué quiere que me ocupe yo del caso? —preguntó Priscila, que no se veía

capaz de llevar un caso tan importante a las pocas semanas de haber entrado en la Agencia.

—Eres la mejor de mis agentes en asesinos en serie de religiosos, y este caso es el primero que sucede en Miami en muchos años. Hemos tenido asesinos terribles como David Alan Gore, Charles Williams, Rory Conde o Francisco del Junco, pero el único asesino que se parece a este es Robert Rozier —dijo Eunice Palmer.

—El caso de Robert Rozier fue muy notorio. Un asesino ritualista que mató a siete personas de raza blanca para satisfacer a su líder Yahweh Ben Yahweh —dijo Priscila, intentando recordar el caso que había estudiado en la universidad. Aunque su fuerte dolor de cabeza limitaba mucho su memoria en ese momento.

Eunice miró el rostro ojeroso de su agente; la joven era muy guapa. Sus intensos ojos azules contrastaban con su piel morena y su cabello negro largo y rizado, con algunas mechas de color rubio. Aquella joven había sido la alumna más brillante de su promoción y una de las grandes promesas del departamento, pero por eso no dejaba de ser una joven de veinticuatro años, inexperta y recién salida de la universidad. Eunice tenía el remedio para compensar los defectos de su agente: unirla a un hombre con experiencia, aunque demasiado cuadrado como para poner en práctica las nuevas técnicas de criminología.

—Tu compañero será el agente Ray Charles —dijo Eunice, y después miró el rostro de su agente esperando la reacción.

—¿Ray? ¿El viejo jugador de fútbol americano? Ese tipo no tiene ni una neurona en el cerebro —comentó Priscila, que no solía morderse la lengua.

—El agente Ray Charles es uno de nuestros mejores hombres, ha tenido varias menciones especiales por sus misiones y ha batido el récord de detenciones de la Agencia durante el año pasado —comentó Eunice.

Priscila se frotó la nariz; era un gesto que solía hacer cuando algo le desagradaba, y después sonrió intentando disimular su descontento e hizo el ademán de marcharse.

—Recuerda, hoy mismo quiero las primeras ideas sobre quién puede estar detrás de estas muertes —dijo Eunice.

—No he leído ni el informe —se quejó Priscila.

—Tienes esta mañana para echarle un vistazo —comentó Eunice.

—Sí, señora —dijo Priscila abandonando el despacho mientras gruñía entre dientes.

La gran sala, en la que estaban las mesas del medio centenar de compañeros, se le hizo más larga que nunca. Varios de los agentes la miraron con envidia y enojo al mismo tiempo, pues nadie entendía por qué el caso más importante de los últimos tiempos tenía que llevarse una novata, pero nadie se atrevió a decir nada. Bueno, hubo alguien que sí se lo dijo a la cara: el propio Ray Charles, la primera tarde en la que formaron equipo, mientras se dirigían en auto a una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

## Capítulo 2



EL calor en Miami a partir de mayo es insoportable. El cuerpo no deja de transpirar y es imposible caminar más de diez minutos sin sufrir un golpe de calor. Priscila intentó manipular de nuevo el aire acondicionado del auto oficial, pero estaba muerto. Después miró a su compañero Ray y él le dedicó una amplia sonrisa.

—Ya te he comentado que no funciona —dijo Ray, que parecía estar encajado en el pequeño Toyota.

—¿Por qué escogiste este auto? —preguntó Priscila, mientras su cuerpo estaba completamente cubierto de sudor.

Cuando la joven miró a Ray, contempló su frente perlada por el sudor, sus rasgos de boxeador y su cabeza rapada; parecía un guardaespaldas de una estrella de hip-hop, más que un agente del FBI. Ray se limitó a encoger los hombros, disfrutando del rostro acalorado de su compañera.

—¿Has podido echar un vistazo al informe? —preguntó Priscila.

—Sinceramente, no me gusta leer el papeleo, prefiero ver las cosas por mí mismo —comentó Ray.

—Creo que esto no va a funcionar —murmuró Priscila para sí.

Ray pisó el acelerador. No era muy agradable para él trabajar con una novata orgullosa, una sabelotodo que no tardaría en meterle en problemas. Él llevaba veinticinco años en el cuerpo y le quedaban otros cinco para jubilarse; no quería un hermoso entierro, simplemente hacer su trabajo y regresar a casa con todos sus miembros en su sitio.

Cuando aparcaron en la calle privada de Coral Gables, justamente en Lago Minore, Priscila supo enseguida que el reverendo Peter Ramírez nada tenía que ver con el pastor de su vieja iglesia en Ocala. Aquel tipo vivía como un verdadero millonario.

La policía seguía acordonando la zona, y tuvieron que enseñar sus identificaciones para acceder a la casa. Entraron en un amplio recibidor de piso

reluciente de mármol, que daba a una escalinata doble que llevaba a la planta superior. Abrieron unas puertas blancas corredizas que daban a un gran salón a dos alturas. En la zona de comedor, una inmensa cristalera con vistas al jardín mostraba la belleza del lago.

Priscila lanzó un sonoro suspiro. Aquel sitio era maravilloso, justo lo que siempre había soñado. Desde su llegada a Miami había vivido en la universidad, pero ahora lo hacía en una zona próxima a Miami Beach. El barrio era bonito, pero había tenido tiempos mejores y su minúsculo apartamento también.

—El crimen fue en la piscina, ¿verdad? —preguntó Ray. Después abrió la corredera de cristal y salió al jardín.

Aquella mañana era calurosa, apenas corría el aire y los termómetros comenzaban a derretirse. Ray se puso la mano cubriendo sus ojos y observó el imponente sol. Seguía sin acostumbrarse a ese asfixiante calor. En Detroit, su ciudad, el verano era caluroso, pero apenas duraba un mes, y después el frío y la lluvia se imponían rápidamente.

—Sí, el crimen fue en la piscina. Apareció totalmente carbonizado de cintura para arriba, aunque sus piernas y su cintura no estaban quemadas —dijo Priscila.

—Sin duda le quemaron y después le arrojaron al agua —contestó Ray, que había metido la mano en el agua para después olerla.

Priscila sacó su iPad 3 y se puso a leer el informe. Algunos detalles no coincidían. Aunque lo que les daría alguna pista sobre la muerte del pastor sería el análisis del agua y la autopsia.

—No lo creo. Si le hubieran quemado fuera y él se hubiese tirado a la piscina para apagar el fuego, las quemaduras no serían tan graves. La víctima hirvió literalmente en el agua —dijo Priscila.

—¿La piscina es climatizada? —preguntó el agente Ray.

—No, alguien debió de echar una sustancia que al contacto con el fuego ardiera sobre la superficie del agua —comentó Priscila.

El hombre se secó la mano en el pantalón gris y después se puso en pie. No soportaba a la listilla de su compañera con su traje de diseño, su iPad y la arrogancia de una novata.

—Eso lo dirán en el laboratorio. Nosotros debemos buscar el móvil del asesino, por qué eligió a sus víctimas y cuál será su próximo paso. Tenemos que detener a ese tipo antes de que aterrorice a toda la ciudad. ¿Cómo fueron los otros tres crímenes? —preguntó Ray.

—Lo primero, no sabemos si es un hombre o una mujer... —le corrigió Priscila.

—¿No te enseñaron en la universidad que el 90 por ciento de los asesinos en serie son hombres, de raza blanca y suelen tener entre veinte y cuarenta años? —dijo Ray mirando directamente a la cara a su compañera.

—Los perfiles están cambiando. Cada vez hay más asesinos en serie mujeres, menores de edad y de otras razas —dijo la joven.

—Pero, la mayoría sigue cumpliendo el perfil que te he dicho. Ahora céntrate en lo que te pregunto —dijo Ray.

Priscila frunció el ceño. Después refunfuñó algo, pero comenzó a buscar los informes en el iPad.

—El primer sujeto se llamaba Mark Power, un pastor episcopaliano. Su cuerpo apareció el domingo por la tarde en la casa pastoral. Era un hombre soltero, pero apareció desnudo de cintura para arriba, rodeado de comida; de hecho, tenía todo el esófago repleto de comida. Como si alguien le hubiera obligado a deglutir hasta la muerte. A la altura de su ombligo había una fístula umbilical, por la que se le habían salido parte de las tripas —dijo Priscila. La joven notó cómo se le revolvía el estómago al mirar las fotos del informe.

Ray se sentó en una mesa a la sombra y disfrutó observado la cara de asco de su compañera. Los novatos solían tener muy poco estómago para aquellas cosas. Él ya estaba muy curtido, aunque algunos de aquellos locos podían hacer cosas realmente terribles.

—¿Cómo murió el segundo de los pastores? —preguntó Ray.

—El pastor metodista John Byron murió desangrado en el mar, mientras se daba un baño el domingo por la tarde. Al parecer recibió varios cortes en muñecas y tobillos —dijo Priscila, mientras pasaba las hojas en el iPad.

—Bueno, al menos podemos decir que este asesino es original —comentó Ray.

La joven frunció los labios. Odiaba que los agentes se volvieran tan cínicos e insensibles, aunque seguramente era la única forma de poder sobrellevar la profesión.

—El tercer caso es el del sacerdote católico Marcelino Fuentes. Era de origen cubano y llevaba cuarenta años pastoreando a su parroquia. Le encontraron en la capilla de la iglesia. Alguien le había sacado toda la sangre, para después arrojarla al río Miami —comentó Priscila.

Ray se quedó pensativo un instante. Aquel asesino seguía un patrón determinado. No sabían por qué había elegido precisamente a aquellas víctimas, pero formaban parte del ritual que estaba cumpliendo.

—Cuatro reverendos muertos en la ciudad de Miami en cuatro semanas —comentó Ray.

—Sí, hoy es martes. Tenemos hasta el domingo para encontrar al asesino —dijo Priscila.

—Puede que cambie el patrón —comentó Ray.

—Los asesinos en serie ritualistas no suelen cambiar su pauta de actuación, porque piensan que con su ritual están consiguiendo modificar el mundo espiritual. Otros asesinos en serie lo único que buscan es el poder sobre sus víctimas, algún tipo de placer sexual o la excitación que les produce la caza. Lo que tenemos que descubrir es cuál es su patrón y qué pretende conseguir con el ritual que reproduce —dijo Priscila emocionada. Disfrutaba desgranando los casos, poniéndose en la mente del asesino y consiguiendo anticiparse a él. En eso consistía el juego: anticiparse al

próximo paso del asesino y terminar por atraparlo.

—Lo que tenemos claro es que sus víctimas por ahora son reverendos de la ciudad de Miami, los asesina los domingos, cada uno ha muerto de una manera distinta, pero sin duda todas las muertes responden a un ritual. Algunos eran casados, otros solteros, varios hispanos, pero también de origen irlandés y anglosajón —comentó Ray.

—Sí, son de diferentes denominaciones y credos, por lo que el asesino tiene una fobia general a los cristianos. No creo que sea como el asesino Robert Rozier, que mataba a los blancos por orden de su líder religioso —dijo Priscila.

Ray se puso en pie, observó el lago y pensó en lo corta que era la vida. Aquel hombre estaba dándose un baño tranquilo, cuando le sorprendió la muerte de repente.

—Ya sabemos qué tienen en común, pero el asesino ve algo en ellos que nosotros no vemos. Cuéntame algo más sobre las víctimas —pidió Ray a su compañera.

—Mark Power tenía sesenta años, nunca había sido expedientado y su servicio en la iglesia parecía ejemplar. Algunos de los feligreses le acusaban de ser demasiado liberal en teología, pero eso suele ser lo normal en muchos sacerdotes episcopalianos —comentó Priscila.

—No tengo ni idea de esas cosas, no he pisado una iglesia desde que era niño. Mi padre no creía en las chifladuras de la religión, nos crio confiando únicamente en la ciencia. No me hables de nada que no pueda ver, oír o tocar —dijo Ray.

Aquella declaración de su compañero no sorprendió para nada a la joven. Si había una manera de definir a Ray era como un tipo escéptico con poca simpatía hacia el resto de los seres humanos.

—Los otros tres reverendos tampoco parecen tener grandes cosas que ocultar. El sacerdote católico era algo adicto a las salas de juego, pero estaba intentando superarlo, y los otros dos están limpios —dijo Priscila.

—No va a ser un caso sencillo —dijo Ray, y después miró su reloj—. Es muy tarde, tenemos que irnos. ¿Para cuándo estará la autopsia y el análisis del agua?

—Para esta tarde; el doctor King nos espera a las cinco en su despacho —comentó la joven.

El doctor King era una de esas raras antiguallas que resisten el paso del tiempo en el FBI. Ray no congeniaba muy bien con él, pero al menos era un tipo eficaz y no le gustaban los nuevos sistemas informáticos de análisis. Lo hacía todo a la vieja usanza.

—¿Dónde te llevo? —preguntó Ray a la joven.

—Si no te importa, puedes dejarme cerca de mi apartamento —comentó Priscila. Tenía el tiempo justo para acercarse un rato a la playa y relajarse un poco. Junto al mar era uno de los sitios en los que solía pensar con más claridad, y para aquel caso necesitaría poner en funcionamiento sus cinco sentidos.

Cuando subieron al auto, el frescor del jardín de la mansión y la brisa del lago se disiparon de repente. Un calor infernal salía del Toyota, como si alguien lo hubiera

estado calentando en una sartén. Cuando al final Ray lo puso en marcha, la fina brisa que entraba por la ventana les alivió un poco, pero sin duda, aquella semana iba a ser terriblemente calurosa en toda Florida.

## Capítulo 3



EL despacho del doctor King se parecía más a la casa de los horrores que al confortable refugio del encargado de las autopsias del FBI en Miami. Priscila ya había estado allí en una ocasión, pero no dejaba de sorprenderle la decoración del lugar. Las paredes estaban cubiertas por fotos escabrosas sobre diferentes autopsias, el doctor tenía un esqueleto completo, y sobre sus mesas había algunas de las cosas que había extraído a los cuerpos en sus autopsias, metidas en frascos de cristal. Sin duda, aquel hombre solitario y misterioso tenía un sentido de lo macabro distinto al resto de los mortales.

Cuando llegaron al despacho de King, él ya estaba sentado esperándoles. Vestía una bata blanca sucia, unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa a cuadros con únicamente dos o tres botones abrochados. Su gran barriga pálida y peluda podía contemplarse por las aberturas de la camisa.

—Llegan tarde, son las cinco y cuarto —comentó el forense nada más verles.

—Lo lamento, pero hemos comido tarde y no hemos podido llegar antes —se disculpó Priscila.

Ray miró al forense como si estuviera observando a un extraterrestre; los agentes no tenían horarios fijos, trabajan doce y catorce horas diarias, y por eso llegaban a los sitios cuando podían.

—La autopsia ha sido determinante. La víctima falleció a causa de las quemaduras de tercer grado; la muerte fue lenta y dolorosa, únicamente mitigada por las veces que se zambulló en el agua —comentó el forense.

—Lo que no entendemos es: ¿cómo pudo morir abrasado en el agua? Parece del todo imposible —comentó Priscila.

El forense se puso en pie, buscó algo en un viejo archivo de metal, extrajo una carpeta y la colocó sobre la mesa. Tras unos minutos hojeando unos amarillentos apuntes les dijo:

—No es muy común, pero hay varias maneras de conseguir que el agua arda.

—¿Puede decirnos alguna de ellas? —preguntó Ray intrigado.

—Naturalmente. Una de ellas es muy simple. Primero se añade jabón al agua, después gas, y cuando se ponga en marcha la depuradora el agua comienza a hacer burbujas, pero con la peculiaridad de que estas están rellenas de butano, que al contacto con el fuego comienzan a arder. Esto puede durar unos segundos, suficientes para que un cuerpo humano se prenda por completo —dijo el forense.

—¿Se encontraron restos de jabón en el cuerpo? —preguntó Ray.

—No, por eso me decanto por la segunda teoría, pero es difícil de demostrar porque apenas deja rastro —comentó el forense.

—¿Cuál es esa teoría? —preguntó impaciente Priscila.

El doctor King se puso de pie y se acercó a una pizarra que tenía a su espalda, tomó una tiza y comenzó a explicarles.

—El nitrato de potasio se extrae de componente del salitre. Para ello se utiliza nitrato de sodio. Después, el nitrato de sodio es purificado y posteriormente se le hace reaccionar en una solución con cloruro de potasio, en la cual el nitrato de potasio, que es menos soluble, cristaliza. El potasio se prepara por la electrólisis del hidróxido de potasio fundido o de una mezcla de cloruro de potasio y fluoruro de potasio. El metal se oxida en cuanto se le expone al aire, suele reaccionar violentamente con agua, produciendo hidróxido de potasio y gas hidrógeno —comentó el forense.

Ray frunció el ceño; todo aquello parecía demasiado retorcido para un asesino en serie. El forense tomó un vaso de agua, después echó el nitrato de potasio y lo mezcló despacio. Pasados unos segundos encendió con un mechero la superficie del agua y esta comenzó a arder. Los dos agentes se quedaron boquiabiertos.

—¿El asesino debe conocer muy bien la química para hacer algo así? —preguntó Priscila.

—Lamentablemente no. En la Internet hay decenas de videos que explican estos procesos y hacen el experimento delante de las cámaras —dijo el forense.

—¿Se ha encontrado alguna sustancia en el agua? —preguntó Ray.

—No, porque el potasio debió de consumirse por completo —comentó el forense.

—Es un crimen perfecto —comentó Priscila.

El forense apagó el agua y después se volvió a sentar. Sin duda, aquel asesino no era un loco ávido de venganza. Sus intenciones eran otras, o al menos eso pensaba él.

—No están persiguiendo a un asesino en serie convencional. Ese tipo sabe lo que hace, actúa con frialdad y lleva años preparando esto. Si han estudiado las anteriores autopsias e informes, sabrán que no tenemos ni una huella, ni una imagen de cámaras de seguridad, una pisada o cualquier otra pista —dijo el forense.

—Lo cierto es que sí tenemos una imagen, aunque no creo que nos sirva para mucho —comentó Ray sacando una foto a color de gran tamaño.

—¿Por qué no me has dicho nada? —preguntó Priscila molesta.

—Me la enviaron esta tarde. Se ve al asesino vestido de payaso, seguramente para poder pasar la vigilancia privada de la zona residencial —dijo Ray.

Priscila tomó la foto y comenzó a observarla detenidamente.

—Lo malo es que no se le reconoce —comentó de nuevo Ray.

—Con esta foto y las nuevas técnicas de reconocimiento, podemos saber aproximadamente el peso, la estatura y la complexión del sospechoso —comentó Priscila mientras repasaba la imagen.

—Pero con el disfraz puede ser complicado, sobre todo descubrir el peso real —dijo Ray.

—Bueno, es imposible saber el peso exacto, pero sí una aproximación. Aquí se ve un poco el rostro, si te fijas no tiene rasgos negroides ni orientales. Sin duda es de origen caucásico —comentó Priscila.

Ray miró con escepticismo la imagen, él no veía todos esos matices de los que hablaba su compañera. Después guardó de nuevo la foto dentro del informe. El forense les dejó sus resultados y los dos agentes salieron del despacho. Aquel caso no iba a ser sencillo y tenían que encontrar al asesino antes de que volviera a matar, y para eso únicamente quedaban cinco días.

## Capítulo 4



AL día siguiente, Ray y Priscila tenían una jornada atareada. Entrevistar a los testigos y familiares cercanos de las víctimas era una tarea ardua, difícil y desagradable. El momento en que los nombres fríos y sin sentido se convertían en personas reales, con vidas reales, era lo peor para un investigador. Incluso Ray, con su apariencia de hombre duro e insensible, era incapaz de ver a una familia con niños pequeños sin llegar a emocionarse.

Afortunadamente en este caso, el único que tenía hijos era Peter Ramírez y su esposa María.

Ray y Priscila llegaron a la Catedral de Santa María de Miami, en la 2.<sup>a</sup> Avenida en la zona del Northwest. La iglesia era un hermoso edificio de color pastel, con un estilo que recordaba mucho a las iglesias coloniales mexicanas. La iglesia era de fundación irlandesa, aunque su último sacerdote fuera de origen cubano. Marcelino Fuentes era un hombre amable y risueño. Sus feligreses le tenían mucha estima y respeto, aunque en alguna ocasión se había rumoreado que tenía un hijo ilegítimo en Cuba. Aquello no pasaba de ser un pecado de juventud; en sus treinta años de servicio en la ciudad de Miami, nadie había hablado mal de él.

El sacerdote vivía solo, pero tenía dos asistentes que Priscila y Ray habían citado a primera hora de la mañana en la catedral. El calor apretaba, aunque apenas eran las nueve de la mañana. Cuando llegaron a la puerta de la rectoría, ya les esperaban los dos sacerdotes. Uno era Pedro Herrera, de origen mexicano, el otro Tim McDonald, un pelirrojo irlandés con la piel quemada por el sol.

—Hola, muchas gracias por ser tan puntuales —dijo Priscila extendiendo la mano a los dos sacerdotes.

Los dos jóvenes saludaron a los agentes y después les invitaron a pasar al edificio. En cuanto cruzaron la puerta notaron el frescor que provenía de la capilla, pero se dirigieron al otro lado, a lo que debía de ser el despacho del sacerdote.

—¿Esta es una sede episcopal? —preguntó Ray.

—Sí, el obispo suele residir aquí, pero el trabajo pastoral lo desarrollaba el padre Marcelino, aunque le quedaban unos pocos meses para jubilarse —comentó el padre Tim.

Priscila miró una de las fotos que había sobre el escritorio. Era una mujer joven y atractiva, pero la imagen parecía muy antigua.

—Es la hermana del padre Marcelino —comentó el padre Pedro.

—¿El padre Marcelino tenía enemigos? ¿Le habían amenazado en alguna ocasión? —preguntó Priscila.

—No, era un hombre muy querido. Su muerte ha conmocionado a toda la parroquia —comentó el padre Tim.

Ray sabía que a la Iglesia Católica era muy hermética, no sería fácil sacar información a aquellos sacerdotes.

—¿Pueden hablarnos del domingo en el que falleció el padre Marcelino? ¿Sucedió algo anormal? —preguntó Priscila.

Los dos sacerdotes se miraron, como si de alguna manera intentaran ponerse de acuerdo.

—No, fue un domingo corriente. El padre dio misa, después comió con nosotros. Por la tarde solía dormir la siesta en su cuarto, nosotros nos fuimos a jugar al tenis, y cuando regresamos ya estaba muerto —dijo el padre Pedro.

—¿Cuánto tiempo permanecieron fuera? —preguntó Ray, después de sacar una pequeña libreta del bolsillo de la americana.

—Dos horas aproximadamente, solemos ir a nuestro club que está a media hora en auto —dijo el padre Tim.

Priscila comenzó a dar vueltas por el despacho, el padre Marcelino no tenía muchas cosas personales. Únicamente un diploma de la Universidad de la Habana en la pared y un par de plantas junto a la ventana.

—¿Cómo encontraron el cuerpo? —preguntó Ray.

El padre Pedro les miró algo aturdido, como si el recordar aquella horrorosa escena reviviera en él todas las sensaciones de aquella tarde.

—Entramos por la puerta que han visto. Yo me fui a mi habitación para darme un baño, mientras el padre Tim preparaba algo para cenar. Cuando llegué a la cocina, le pregunté por el padre Marcelino. No le habíamos visto y él no solía salir los domingos por la tarde. Me dirigí a la capilla, ya que en muchas ocasiones el padre Marcelino se pasaba horas rezando. Lo cierto es que se mortificaba mucho, y cuando le preguntábamos por qué lo hacía, nos comentaba que era un hombre muy pecador y que necesitaba que Dios le perdonara —dijo el padre Pedro.

Ray no aguantaba todo aquel lenguaje religioso. No entendía cómo alguien podía creer todas esas patrañas y encima castigarse, como si a Dios le importara mucho lo que hicieran los hombres.

El sacerdote intentó seguir su relato, pero notó que se le hacía un nudo en la garganta. El padre Tim se fue hasta la cocina por un poco de agua.

—Esto no tiene que ver con el padre Marcelino; he leído algunos detalles de la muerte de los otros pastores, ese loco está siguiendo algún patrón religioso. Lo entienden. La sangre en el río fue una de las plagas de Egipto, cuando Moisés pretendía liberar al pueblo de Israel —comentó el sacerdote—. En la Biblia está la clave de estos crímenes; ese tipo conoce la Palabra de Dios y de alguna manera está intentando cumplirla.

El padre Tim regresó con el agua, pero se extrañó al ver al padre Pedro charlando con los dos agentes.

—Gracias —dijo el sacerdote mientras bebía el agua.

—Entonces, ¿cómo encontró al sacerdote?

—Estaba crucificado con la gran cruz de la capilla, pero la cruz estaba invertida —comentó el sacerdote Pedro.

—¿Como una cruz satánica? —preguntó Priscila.

—Bueno, puede simbolizar eso, pero algunos apóstoles pidieron que se les crucificara al revés, al no considerarse dignos de morir como su Maestro —dijo el padre Tim.

—Yo pienso como ustedes que el asesino quería dejarnos algo claro: que sirve a su amo —dijo el padre Pedro.

—¿Su amo? —preguntó Priscila extrañada.

El sacerdote se quedó callado unos momentos, como si tuviera miedo de pronunciar en voz alta el nombre, y después casi en un susurro dijo:

—Sí, señorita. Su amo el diablo.

## Capítulo 5



LAS visitas a las iglesias del reverendo Mark Power y del pastor John Byron no fueron tan fructíferas como la de la Catedral de Santa María, aunque en ambos casos, Priscila y Ray descubrieron que había varios signos satánicos en el lugar del crimen. En la iglesia del reverendo Mark Power, el reverendo había escrito con su propia sangre algo parecido a una estrella satánica, y en la del pastor John Byron, junto a sus pertenencias, alguien había dibujado en la arena una especie de diablo.

Cuando llegaron a la casa del pastor Peter Ramírez, su esposa les recibió toda vestida de negro. Sus cuatro hijas estaban en casa de unas amigas, pues aún no se habían atrevido a regresar al lugar en el que habían asesinado a su padre.

La mujer de Peter Ramírez era muy atractiva. Sus rasgos latinos y sus grandes ojos negros contrastaban con su cabello con mechas pelirrojas. El rostro de la mujer reflejaba el sufrimiento de los últimos días. Cuando les invitó a pasar a la casa, apenas podía hablar.

—Les pido que la entrevista sea lo más breve posible. Esta mañana enterramos a mi marido, ha sido muy duro. Ni siquiera he podido despedirme de él, la policía me comentó que era mejor que no le viera. Su rostro estaba completamente carbonizado —dijo la mujer echándose a llorar.

Priscila puso su mano sobre el hombro de María y la llevó hasta el sofá de piel.

—Nos ponemos en su lugar y por eso intentaremos ser lo más rápidos posible. Lo único que queremos saber es si su marido tenía enemigos, había recibido amenazas o habían notado algo que se saliera de lo normal últimamente —preguntó Priscila con un tono suave de voz.

La mujer se quedó pensativa. Su vida en los últimos meses había sido completamente normal. Desde su llegada a Miami las cosas habían marchado muy bien, y en aquel momento eran los pastores de moda en la ciudad y la iglesia de habla hispana más grande. Peter era un hombre afable que no tenía enemigos, aunque alrededor de las iglesias siempre había gente fanática, capaz de hacer cualquier cosa.

—Mi marido no tenía enemigos y no habíamos recibido ninguna amenaza. Peter era muy querido por todos los hermanos de la iglesia. Algunos criticaban que se llamara a sí mismo apóstol, pero en el mundo protestante hay gente muy envidiosa —dijo la mujer.

—¿Por qué se fueron sin su esposo de vacaciones? —preguntó Ray.

—Peter iba a ir a Puerto Rico en unos días. Estaba muy cansado, nadie puede imaginar el desgaste físico y emocional que conlleva pastorear una iglesia con miles de personas. Antes de unirse a nosotras, tenía que hacer algunas cosas —dijo María.

—¿Encontró por la casa algún símbolo u objeto que antes no estuviera allí? —preguntó Priscila.

María intentó hacer memoria, pero notaba la mente bloqueada. Después hizo un gesto negativo con la cabeza y comenzó a llorar de nuevo.

—Creemos que el asesino puede pertenecer a algún culto satánico. ¿Ha visto algún símbolo de ese tipo? —insistió Ray.

—Hace un par de semanas un *hacker* manipuló nuestra página web y al parecer salía el 666, el número de la Bestia en Apocalipsis, pero creíamos que era una broma de mal gusto o algún grupo satánico. Últimamente proliferan mucho por Estados Unidos, aunque la mayoría de ellos no creo que sean peligrosos —dijo María.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo Ray.

—Muchas gracias, señora María —dijo Priscila.

Cuando salieron de la casa, Priscila comenzó a pensar en los símbolos satánicos que habían aparecido en todos los escenarios del crimen. El padre Pedro le había dicho que el símbolo del agua en el río formaba parte de los símbolos de la Biblia. La joven intentó recordar dónde tenía su vieja Biblia, pues hacía un par de años que no la utilizaba, después recordó que en su iPad tenía varias aplicaciones gratuitas con la Biblia.

—¿Qué haces con ese aparato? —preguntó Ray, al que no le gustaban nada los aparatos electrónicos.

—Estoy bajando una Biblia, está claro que la clave está en ella —dijo Priscila.

—¿Sabes cómo utilizarla? —preguntó Ray.

—Sí, claro —dijo Priscila mientras observaba en la pantalla cómo se descargaba la aplicación.

—Pues menos mal, yo no he abierto una Biblia en mi vida —dijo Ray.

—No te hará daño leerla —dijo Priscila.

Ray hizo un gesto irónico. Lo único que le faltaba era tener que leer ese libro anticuado y sin sentido. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

—Cuando encuentres algo me avisas —dijo el agente a la joven.

Priscila miró la cara de su compañero. Aquellos dos días no habían sido tan malos como pensaba, pero el tiempo se agotaba y si no daban con el asesino, el domingo moriría otra persona inocente.

## Capítulo 6



AQUELLA noche Priscila buscó en un diccionario todos los versículos de la Biblia en los que se hablaba de un río con sangre. Encontró varios textos en el libro de Éxodo. Moisés, como le había dicho el sacerdote, convirtió el Nilo en sangre, para que el Faraón dejara a su pueblo salir de Egipto. También se mencionaba ese hecho en el Salmo 78, versículo 44. Aunque el versículo que le llamó verdaderamente la atención fue el libro de Apocalipsis en su Capítulo 16, versículo 4.

—No puede ser —dijo Priscila en voz alta. Después tomó el iPad y comenzó a leer en voz alta—: *«El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre»*.

Priscila no había leído nunca el libro de Apocalipsis, siempre le había producido cierto temor y además aquello era un verdadero galimatías para ella. Pero el texto coincidía. Sangre derramada sobre los ríos, además coincidía que la copa y la víctima eran ambas las terceras.

Buscó cómo eran las copas primera, segunda y cuarta:

*Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios. Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen. El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y este se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.*

—El reverendo Mark Power murió con úlceras y el pastor John Byron se desangró en el mar —dijo Priscila en voz alta, como si no pudiera creer lo que había descubierto.

Sus ojos saltaron el versículo de la tercera copa y leyó lo que ponía sobre la cuarta:

*El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.*

La cuarta copa hablaba sobre quemar a los que no dieron la gloria a Dios, pensó Priscila. Cuando comenzó a leer las otras tres copas, notó cómo el corazón se le aceleraba:

*El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras. El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de este se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón. El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.*

Si el asesino continuaba con su patrón, el quinto crimen se realizaría en algún sitio relacionado con un trono, y de alguna manera el asesino cubriría de tinieblas el lugar. En la sexta copa se secaría un río, saldrían ranas que simbolizan a demonios mentirosos que intentan engañar a los gobernantes. Por último, la séptima copa tenía que ver con un terremoto o temblor y podría situarse en una isla o un monte.

Priscila no entendía todo ese lenguaje simbólico. Lo cierto era que se podía interpretar de muchas maneras. Tal vez debían pedir ayuda a un especialista en temas teológicos, pensó mientras apagaba el iPad.

Aquel asesino estaba reproduciendo simbólicamente con sus asesinatos las siete copas de la ira de Dios. Pero ¿por qué contra pastores? ¿Qué intención tenía el asesino? ¿Qué deseaba provocar? Aquel hombre debía de estar absolutamente obsesionado con el fin de los tiempos.

La joven preparó su baño y decidió no pensar más en aquel asunto. Se tumbó en el agua tibia; había colocado unas velas alrededor, nunca había podido bañarse en casa hasta vivir en aquel apartamento, pues su tía siempre le decía que era un derroche. Cerró los ojos e intentó no pensar en nada. A los pocos minutos se quedó dormida. Las impresiones de los últimos días debían de estar muy marcadas en su mente, porque comenzó a soñar. Se imaginó en una especie de gran estadio de béisbol. Una multitud esperaba la entrada de los jugadores. Entonces, los jugadores entraron, pero en vez de tocar el himno nacional, se escuchó una música extraña. Todos levantaron la mano en alto, haciendo un saludo parecido al del régimen nazi. Cuando Priscila observó a la gente que tenía alrededor, se quedó petrificada. En sus muñecas todos tenían una especie de código de barras.

## Capítulo 7



RAY frunció el ceño cuando su compañera comenzó a comentarle sus descubrimientos. El agente leyó el texto de Apocalipsis y se quedó en silencio unos segundos.

—La relación es muy ambigua. Esto no sirve para nada. ¿Qué pauta seguirá ahora el asesino? En Miami no hay tronos, que yo sepa —dijo Ray.

—Tenemos que encontrar el sitio. De esa manera podremos esperar al asesino allí —dijo Priscila.

—No lo entiendes, ¿verdad? Si nos equivocamos, alguien morirá. Debemos atrapar al asesino, no esperar a que vuelva a actuar. He mandado que rastreen al *hacker* que manipuló la página web de la iglesia del apóstol Peter Ramírez, si lo hizo el asesino lo encontraremos —dijo Ray.

—¿Piensas que el asesino después de tomarse tantas molestias dejará su rastro en la Internet? —preguntó Priscila.

—Es más que probable. ¿No te acuerdas que el asesino Luka Rocco Magnotta fue detenido hace un tiempo en Berlín por conectarse en un cibercafé? Estos asesinos a veces cometen errores de este tipo. De todas maneras, esta tarde tendremos los resultados.

Priscila se levantó de la silla del despacho. No soportaba la prepotencia de su compañero. ¿Acaso creía que ella era incapaz de dar con ese criminal? Durante sus dos años de especialización en la universidad, había estudiado decenas de casos como aquel. Si se daba con el *modus operandi*, lo mejor era que aprovecharan esa ventaja sobre el asesino. En la ciudad de Miami debía de existir algún lugar en el que hubiera un trono. Un asesino como aquel no iba a dejar nada al azar.

—¿Por qué se vistió de payaso en el último crimen? —preguntó Priscila a su compañero. Intentaba cambiar de conversación, sabía que razonar con un tipo como Ray era muy difícil.

—Para entrar en la zona residencial. Hemos rastreado la camioneta. Al parece la

robó, le puso un cartel de una empresa que celebra cumpleaños y a la seguridad del complejo les enseñó un correo electrónico en el que Peter Ramírez le solicitaba el servicio para una fiesta. Eso demuestra que el asesino domina la informática. De alguna manera se mete en las computadoras de sus víctimas, sabe sus movimientos y es capaz de leer sus correos electrónicos —dijo Ray.

El timbre del teléfono sonó y Priscila contestó de inmediato. Después colgó y dijo a su compañero que su jefa, Eunice Palmer, quería verles.

Subieron a la tercera planta y entraron sin llamar al despacho. Su jefa nunca cerraba la puerta y ya estaba esperándoles cuando llegaron. Ray puso al día a Eunice sobre todos sus avances, pero la mujer no parecía impresionada por sus descubrimientos.

—El alcalde nos ha llamado. Los pastores de la ciudad están aterrorizados. Se ha hecho una vigilia especial en una de las iglesias más grandes de la ciudad y ya salimos en los noticiarios a nivel nacional. No tardarán en llegar periodistas de todas las partes del país, y entonces puede que nuestro asesino decida desaparecer por un tiempo —comentó Eunice.

—No creo que lo haga. Como ya le comentó Ray, este tipo de asesino no lo hace por placer, para satisfacer su ego o una necesidad sexual pervertida. El asesino de la Iglesia lo hace para cumplir una especie de misión. Cree que está favoreciendo la llegada del Apocalipsis —dijo Priscila.

—Eso es absurdo. Es un asesino en serie, y cuando estos tipos se ven acorralados tienden a huir —dijo Eunice.

Ray sonreía mientras la jefa regañaba a su compañera. Aquella listilla necesitaba una buena clase de humildad. Creía que todas las respuestas estaban en los libros, pero la realidad era muy distinta. Cada asesino era distinto y en cada caso había que comenzar de cero.

—Estamos siguiendo la pista informática. Antes del viernes tendremos los resultados —dijo Ray.

—Creo que deberíamos contactar con un experto en teología. Si conocemos mejor el simbolismo del Apocalipsis, daremos antes con el sitio en que el asesino asestará el próximo golpe —dijo Priscila.

Eunice miró a la joven. Sabía que tenía una mente brillante, pero le faltaba experiencia. Tenía que apoyar la investigación, no dirigirla.

—Esperaremos a los resultados de los expertos informáticos —dijo Eunice.

Priscila agachó la cabeza. Esperaba el apoyo de su jefa, no entendía cómo ellos no lo veían tan claro. Aquel asesino seguiría el patrón de las siete copas de la ira de Dios.

Mientras abandonaba el despacho en dirección a su apartamento, decidió dirigirse a la estación de autobuses y tomar uno hacia Ocala, para ir a ver a su tía Clarisa. Ella era muy amiga de un joven pastor llamado Ken Thomas, y tal vez él pudiera ayudarla. Regresaría a Miami en el primer autobús de la mañana. El tiempo pasaba

volando, únicamente quedaban tres días para que llegara el domingo.

## Capítulo 8



CUANDO llegó a Ocala era ya de noche. En el trayecto llamó a su tía Clarisa para que fuera a recogerla. Aquella pequeña ciudad del interior le traía muchos recuerdos. Allí había llegado con catorce años, cuando su madre la mandó a Estados Unidos. Para ella había sido un duro golpe, la vida en Santo Domingo era muy distinta a la de Florida, pero sobre todo extrañaba a su madre. Las dos habían vivido solas la mayor parte de su vida, su padre había desaparecido cuando ella tenía algo más de dos años y apenas le recordaba. Priscila aún desconocía por qué su madre le había enviado a Estados Unidos. Las pocas veces que habían hablado de ese tema se limitaba a decirle que era lo mejor para ella. En cierto sentido, Priscila reconocía que su madre tenía razón, pero le había quedado en el corazón un desasosiego que no podía dejar de sentir.

Clarisa era una mujer dura, recta y en algunos casos, intransigente, aunque Priscila era su debilidad; con ella era capaz de ser más benevolente que con el resto de sus familiares.

Cuando Priscila vio el viejo Chevrolet esperándola enfrente de la parada de autobús, su corazón se aceleró de repente. Sabía que su tía le reprocharía que no fuera a verla más, pero tenía ganas de abrazarla y sentir por fin que le importaba a alguien.

—Pris —dijo Clarisa bajando del auto. El cabello de la mujer estaba completamente blanco; su cuerpo recio bajo un vestido de flores y sus piernas comidas por las varices le hacían parecer más mayor de lo que realmente era.

—¡Tía! —dijo Pris abrazando a Clarisa.

—Mi niña, te he extrañado. No viniste después de la graduación y llevo casi ocho meses sin verte —le reprochó la mujer.

—Estos meses no han sido fáciles. Muchos cambios, mudanzas, exámenes y el nuevo trabajo —se excusó la joven.

Clarisa se apartó un poco y miró alrededor.

—No llevas maleta, chiquilla —dijo la mujer.

—No, he venido a dormir y me marcho mañana temprano. Necesito que me hagas un favor —dijo la joven esperando que su tía le regañara.

Clarisa estaba tan contenta de ver a su sobrina que se limitó a hacerle un gesto para que subiera al auto. El motor del viejo Chevrolet rugió y salieron de la estación lentamente.

—¿Qué es lo que necesitas? Ya sabes que no tengo mucho dinero —dijo la tía mientras conducía.

—No es dinero, por ahora las cosas me van bien. El FBI paga buenos sueldos. Necesito que me lleves a casa del pastor Ken Thomas. Estamos resolviendo un caso de un asesino que utiliza algunos textos de la Biblia para matar a personas —dijo Priscila.

—Santo Dios, ¿cómo es posible? Utilizar la Biblia para matar a gente —dijo Clarisa muy molesta.

Dejaron el centro de la ciudad, pero el auto no se dirigió hacia la casa de Clarisa, si no hacia su iglesia. A los veinte minutos estaban aparcando delante del edificio, una iglesia de dos plantas con las paredes de madera, que necesitaban una buena mano de pintura. La ciudad tenía centenares de iglesias, y la de su tía no estaba pasando por el mejor momento. Unos años antes, justamente cuando Priscila se fue a vivir a Miami, el pastor se jubiló y a muchos no les había gustado el joven seminarista soltero que la denominación les había impuesto. La mayoría de la congregación era bastante mayor y el joven pastor intentaba renovar la iglesia y que se incorporaran matrimonios más jóvenes.

Clarisa y Priscila bajaron del auto, subieron los escalones y entraron sin llamar. La capilla estaba desierta, a pesar de que el servicio había terminado hacía una hora, y todo el mundo estaba ya en sus casas. Caminaron hasta el fondo y se introdujeron en una de las puertas laterales. Al llegar a una puerta que ponía «despacho» se detuvieron, Clarisa llamó con los nudillos y esperaron unos segundos. Cuando la puerta se abrió, al otro lado apareció el pastor Ken. El hombre no superaba los treinta años, pero su piel pálida y algunas arrugas en los ojos le hacían parecer mayor. Era de los pocos anglosajones en una iglesia casi mayoritariamente de hispanos dominicanos.

—Hermana Clarisa, me alegra verla de nuevo —dijo el pastor.

Clarisa frunció el ceño. La mujer no se llevaba muy bien con el pastor. Aquel joven después de dos años seguía sin entender a los miembros de su congregación.

—No sé si se acuerda de mi sobrina Priscila —dijo la mujer.

—Sí, claro. Aunque la veo muy cambiada.

—Quiere hablar con usted. ¿Le puede dedicar algo de tiempo?

—Naturalmente; estaba orando, pero eso puede esperar. Adelante —dijo el pastor dejándoles paso.

Priscila estaba roja como un tomate. Siempre que estaba con su tía tenía la impresión de que ella la trataba como una niña. Estaba cansada de que todo el mundo

la protegiera y pensara que era incapaz de hacer las cosas por sí misma.

—¿En qué puedo servirte, Priscila? —preguntó el pastor.

—Estoy trabajando en el FBI y estamos investigando un caso. No le podemos dar muchos detalles sobre él, pero necesito su ayuda —dijo la joven.

—Soy todo oídos —dijo el pastor.

—Un asesino ha utilizado una serie de versículos de la Biblia para buscar la forma de matar a sus víctimas —dijo Priscila.

—Eso es horrible —comentó Clarisa. Su sobrina le hincó la mirada, tal vez no había sido buena idea pedir ayuda a su tía, después de todo.

—El asesino ha utilizado las siete copas de la ira de Dios... —explicó brevemente Priscila al pastor.

—Apocalipsis 16 —dijo el pastor, recitando de memoria.

—Sí, precisamente ese pasaje. Ya han muerto cuatro personas, pero al menos otras tres morirán si no logramos impedirlo. Quería que me hablara sobre estas copas y cuál es la interpretación que se hace de los símbolos —dijo Priscila.

El pastor miró con sus brillantes ojos azules a la joven. No era muy común que alguien le preguntara sobre el libro de Apocalipsis, la gente había perdido todo el interés sobre el final de los tiempos. Las crisis económicas y las turbulencias políticas tenían a todo el mundo revuelto.

—Para los judíos, no olvidemos que fue el apóstol Juan quien escribió Apocalipsis, y para la mayoría de los lectores, los símbolos hebreos eran muy importantes; el número siete es el número de la perfección. En Apocalipsis se habla de siete sellos, siete trompetas y siete copas. ¿Estás segura de que el asesino está utilizando la simbología de las siete copas? —preguntó el pastor.

—Eso creo. Las primeras víctimas murieron de una manera parecida a la que se describe en las siete copas de la ira —dijo Priscila.

—Siete sellos, siete trompetas y siete copas describe el Apocalipsis; con ellas se anuncia el final de los tiempos, y para que estos se produzcan, el reino del Anticristo debe estar cerca —dijo el pastor.

Priscila sintió un escalofrío. Desde niña había tenido miedo a esa fecha del final del mundo. A veces, cuando era niña y su tía regresaba más tarde de la iglesia, ella pensaba que Cristo había venido y ella se había quedado en la tierra, para sufrir las consecuencias del reino del Anticristo, que querría marcarle la piel con el número de la bestia: el 666.

—Entonces, ¿el asesino piensa que con las muertes está favoreciendo la llegada del Anticristo? —preguntó Priscila.

—Me temo que sí —contestó el pastor.

—Pero eso es una locura. Nadie puede precipitar el final de los tiempos —dijo Priscila.

—No, pero sí crear la atmósfera para que se desarrollen como el diablo desea. En la actualidad, el mundo está comenzando a pedir un gobierno único, por medio de

una institución mundial, posiblemente la ONU, con un Banco Mundial. Que un único hombre pueda gobernar sobre toda la humanidad es tan solo cuestión de tiempo. Por eso, la profecía dice:

*El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro, sus caras eran como caras humanas, tenían cabello como cabello de mujer y sus dientes eran como de leones; tenían corazas como corazas de hierro y el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; tenían colas como de escorpiones, y también aguijones, y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses. Sobre ellos tienen como rey al Ángel del Abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión<sup>[1]</sup>.*

## Capítulo 9



LAS horas se habían esfumado a toda velocidad, y el pastor invitó a Priscila a que se vieran a primera hora de la mañana. Él se comprometía a acercarla con su auto a Miami. Cuando la joven salió de la casa de su tía Clarisa, aún era de noche. Apenas había dormido, moviéndose inquieta en la cama. Sus viejos temores, el miedo a que el final de los tiempos estuviera a punto de suceder y el no sentirse preparada, le asaltaron de repente.

Cuando Priscila llegó enfrente de la iglesia le inquietó ver todo en silencio. No brillaba ninguna luz, apenas se escuchaba el trino de algunos pájaros que comenzaban a cantar en la lejanía. La joven se acercó a la puerta y giró el pomo. Estaba abierta, y entró despacio. Todo estaba oscuro y lo único que se escuchaba era el crujir del piso de madera y su respiración acelerada. Caminó instintivamente hasta el fondo; conocía la capilla de memoria y no le hacía falta saber el lugar en el que estaban colocadas las cosas. Cuando llegó a la puerta del despacho dudó unos segundos antes de llamar. El silencio le permitía escuchar los latidos de su propio corazón. Tocó la puerta y esperó, pero no hubo respuesta. Priscila masculló una oración y abrió la puerta. Al abrir, le sobrevino un olor nauseabundo y cerró de nuevo instintivamente. No sabía qué hacer, pero temía lo peor. Aquel olor no era normal. Pensó en llamar a la policía, pero luego desechó la idea. Ella era una agente del FBI y debía comprobar antes qué era lo que sucedía. En la Academia le habían enseñado que todos los agentes debían pasar unos meses de preparación antes de incorporarse al servicio activo, que en el caso de temer un ataque químico, debían taparse cara y ojos y abrir todas las ventanas. Priscila fue abriendo la docena de ventanas de la capilla, después las puertas y tras ponerse un pañuelo en la cara entró en el despacho. Tropezó con algo y cayó al piso. Se puso en pie rápidamente y abrió la ventana de par en par. Salió corriendo del cuarto y esperó cinco minutos antes de volver a entrar.

Cuando prendió la luz, Priscila se quedó sin palabras. En el piso estaba el pastor Ken. El cuerpo estaba bocabajo, no parecía tener señales de violencia, pero cuando

Priscila se atrevió a voltear el cuerpo, contempló su cara llena de llagas.

La joven notó que comenzaban a escocerle los ojos, por eso salió unos instantes, se fue hasta el baño y se lavó los ojos. Cuando regresó al despacho y vio la escena con claridad, su corazón se estremeció. El despacho estaba desordenado, como si la víctima hubiera luchado por salir; aún quedaba en la habitación una pequeña neblina y junto al cadáver pudo ver una nota y un símbolo. Una especie de cruz terminada en forma de interrogación. Priscila ya había visto antes ese signo. Ese símbolo tenía como intención dudar de la divinidad de Cristo y representaba en el ocultismo a Satanás, Belial y Leviatán.

Cuando Priscila abrió la nota pudo leer con una letra muy cuidada:

*Has acelerado el proceso, la quinta copa de la ira de Dios ya está derramada. Antes del primer día de la semana, las otras dos caerán sobre los malos siervos de Dios, para pronosticar la llegada del verdadero salvador de los hombres.*

Cuando Priscila terminó de leer la carta, notó cómo le venía una arcada, se echó hacia delante y vomitó junto a la puerta. Apenas le quedaban unas horas para el próximo asesinato; sin saberlo, había precipitado el asesinato de un nuevo pastor y otros le seguirían muy pronto si no era capaz de detener a tiempo al «Asesino de la Iglesia».

## Capítulo 10



EL equipo del FBI se extendió por la explanada de la iglesia e investigó palmo a palmo todo el perímetro, pero sin éxito. Priscila seguía conmocionada cuando llegó su compañero Ray. Se sentía culpable; por su culpa, un hombre inocente había muerto y otros dos lo harían en las próximas horas.

Ray pensó recriminar a su compañera por haber actuado por su cuenta, pero prefirió intentar evitar el tema. La joven tenía el rostro demacrado; sin duda había llorado durante horas, y si se sostenía en pie a las doce del medio día era por los tranquilizantes.

—No te preocupes, esto iba a pasar de todas maneras. Sabes que es muy común que algunos asesinos se obsesionen con los agentes que los investigan o con algún periodista —dijo Ray.

—Pero ¿cómo sabía que yo le investigaba? —preguntó Priscila.

—Ha estado vigilando la casa del pastor Peter Ramírez, nos vio hablando con la esposa. Seguramente, después nos siguió y cuando te dirigiste hasta aquí, pensó que sabías algo. Esta muerte significa que está asustado, sabe que hemos descubierto sus intenciones y por eso ha acelerado el proceso.

Las palabras de Ray la reconfortaron. Aquel tipo la estaba manipulando; él único culpable de lo que estaba sucediendo era él.

—Tienes razón. Únicamente soy una novata en su primer caso. No debí actuar sin contar contigo, lo siento —dijo Priscila.

—Todos cometemos errores, ese asesino también. Hemos localizado la computadora desde la que se manipuló la página web de la iglesia del apóstol Peter Ramírez, al parecer es el mismo que se introdujo en la computadora del pastor —dijo Ray.

—¿Han capturado a ese tipo? —preguntó Priscila sorprendida.

—Aún no, pero nos han facilitado una avioneta para que regresemos de inmediato a Miami. El asesino puede actuar dentro de doce horas —dijo Ray.

Los dos agentes se pusieron en marcha. Cuando llegaron al aeropuerto de la ciudad, una pequeña avioneta ya les esperaba.

—¿Quién es el dueño de la computadora? —preguntó la joven mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Una joven promesa de la canción evangélica, un chico de dieciocho años llamado Marcelo Montero. Es hijo de unos pastores de Miami, en una pequeña iglesia en la parte norte de la ciudad.

# Capítulo 11

LA casa de los padres de Marcelo Montero era una modesta residencia en Northeast 117th Street. El sol todavía pegaba con fuerza cuando los agentes aparcaron su auto debajo de un gigantesco ficus. Salieron del auto y se acercaron a la puerta principal. Ray y Priscila no habían querido enviar a los chicos a buscar al sospechoso, ya que estaban casi convencidos de que el joven Marcelo Montero era colaborador necesario del asesino, pero que él no había cometido directamente los crímenes.

Cuando llamaron a la puerta, no tardó en aparecer una mujer de color, vestida con un traje a cuadros. La mujer les miró sorprendidos, pero no dudó en abrir la mosquitera y dejarles pasar en cuanto los agentes anunciaron que eran del FBI.

—¿Está su hijo Marcelo? —preguntó Ray.

—Sí, está en su habitación —respondió la mujer.

—Tenemos una orden de detención contra él —dijo Ray.

En ese momento se escuchó un golpe en la zona trasera de la casa. Los dos agentes se miraron y comenzaron a correr por el pasillo. Salieron por la puerta de atrás de la casa, que daba a los jardines descuidados de aquella zona. Un joven corría por el callejón. Vestía un bañador, una camiseta blanca y unas chanclas. Ray y Priscila comenzaron la persecución.

—Llama a la central —dijo Ray casi sin aliento. Temía que el joven se escapara.

Priscila llamó a la central y pidió refuerzos, mientras no dejaba de correr tras el sospechoso.

La calle terminaba en las vías del tren. El joven comenzó a correr por las vías. Los dos agentes lograron acercarse un poco, pero no lograrían mantener ese ritmo por mucho tiempo. Ray sacó su arma y disparó al aire. El joven miró hacia atrás y tropezó. Los dos agentes aprovecharon para intentar atraparlo.

Cuando llegaron a su altura, Ray se tiró sobre él derrumbándole y los dos cayeron rodando a un lado de la vía. Priscila apuntó con su arma a los dos hombres que no

dejaban de moverse y forcejear.

—¡Quieto! —gritó Priscila.

Marcelo miró a la agente, y con una inquietante sonrisa le dijo:

—No podrán detenerle, porque el final de los tiempos ha llegado —dijo Marcelo.

—Estate quieto y no te sucederá nada —dijo Priscila.

—Él está cerca, nosotros únicamente preparamos su venida —dijo el joven con los ojos desorbitados.

—¿Quién es él? —preguntó la joven.

—Tú lo sabes mejor que yo, ¿verdad? —dijo el joven cambiando el tono de voz.

Priscila había visto ese comportamiento en otras ocasiones. Personas poseídas por el diablo que eran capaces de cambiar la voz o tener una fuerza inusitada. En su iglesia se habían dado varios casos en una campaña evangelística, mientras predicaba un pastor argentino.

El joven le lanzó una última mirada y después sacó algo del bolsillo de su bañador. Ray intentó quitarle la navaja, pero antes de que pudiera impedirlo, el joven se rebanó el cuello, muriendo en el acto.

# Capítulo 11



AQUELLA muerte les dejaba casi como al principio, con la diferencia de que ya sabían que el asesino no actuaba solo, lo que les hacía pensar que formaba parte de un grupo o una secta peligrosa. La mentalidad de un asesino en serie solitario y de un asesino seriado que mataba por una ideología o creencia variaban mucho. El primero trataba de saciar un apetito personal voraz y disfrutaba con lo que hacía. El segundo, en muchos casos, si controlaba sus impulsos no necesitaba matar, y cuando lo hacía pensaba que era un acto de justicia. El asesino en serie clásico terminaba autojustificando sus fechorías y echando la culpa a sus víctimas, a las que solía deshumanizar. El segundo tipo se daba mucho en regímenes autoritarios que justifican el asesinato ideológico e incluso recompensaban a los carniceros que estaban dispuestos a realizarlos.

Los especialistas analizaron la computadora del joven. Había intentado borrar información, pero aun así lograron encontrar las pruebas que le inculpaban como colaborador del asesinato. También diversas páginas satánicas y algunos libros sobre el tema.

La noticia impactó al mundo protestante, que seguía con fervor a aquel joven que pertenecía a una conocida familia de pastores bautistas.

Aquella noche, mientras repasaban todos los informes e intentaban comer algo de *pizza* en la oficina, Priscila no dejaba de buscar lugares en los que pudiera haber un trono en Miami.

—No encuentro ningún sitio en la ciudad en el que pueda haber un trono o un palacio —dijo Priscila mientras mordisqueaba con desgana un trozo de *pizza*.

—Ya te comenté que no existe ningún sitio como ese —dijo Ray.

Priscila se resistía a creerlo. Tomó de nuevo la Biblia de su iPad y leyó de nuevo la sexta copa de la ira de Dios:

*El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de*

*este se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.*

—¿Por qué no buscas algún edificio antiguo cerca de un río? —comentó Ray.

—Los edificios más antiguos de la ciudad son casi todos de finales del siglo XIX o principios del XX, no creo que tengan ningún trono —comentó Priscila.

Ray se acercó y dio a la aplicación de mapa de su portátil. Apareció el mapa de la ciudad de Miami. Buscó el curso del río Miami, aunque no encontró nada significativo, pero al dar a un pequeño riachuelo en la zona norte sí encontró algo interesante.

—Es un monasterio español del siglo XII, además es también una capilla católica —comentó Ray.

—Pero ¿dónde está el trono? —preguntó Priscila.

—Puede que haya uno dentro. Lo más curioso es que está al lado de un río, un río que en esta época suele estar medio seco.

Priscila miró la página web del edificio. En el monasterio se celebraban todo tipo de eventos.

—Mañana hay una convención diocesana de jóvenes en el centro —dijo Priscila.

—Ese loco estará encantado de tener público, además eso le ayudará a pasar más desapercibido —dijo Ray.

—¿Cómo crees que lo hará? —preguntó Priscila.

—Puede que haga algo en el vestuario; el texto de Apocalipsis advierte sobre el que no guarda sus ropas —comentó Ray.

—No perdemos nada con ir mañana —dijo la joven mientras bostezaba.

—¿Mañana? Ya es mañana, son las cinco de la madrugada. El asesino puede actuar en cualquier momento.

Priscila comió apresuradamente el último trozo de *pizza*, tomó un sorbo largo de refresco e intentó recoger su cabello largo en un moño. Después se pusieron sus chaquetas y bajaron al aparcamiento del edificio. En unas horas sabrían si habían acertado o no. Aunque aquella pesada carga no le gustaba a Priscila. Una cosa era descubrir a un asesino y cuál era su forma de actuar, otra muy distinta convertirse en la única oportunidad de alguien que estaba a punto de morir. Ser criminóloga suponía intentar pensar como el criminal, pero si Priscila tenía que entrar en la mente del «Asesino de la Iglesia» era para evitar que volviera a matar.

## Capítulo 12



RAY por la noche conducía como un verdadero loco. En apenas media hora su viejo Toyota estaba enfrente de la entrada del monasterio. Bajaron a toda prisa y vieron a un guardia de seguridad sentado en el césped enfrente de la puerta. Parecía dormitar, pero al oírles acercarse se espabiló rápidamente.

—¿A dónde se dirigen? Hasta las nueve no abre la iglesia —dijo el guardia.

—Agentes del FBI; necesitamos hablar con el director, es muy urgente —dijo Ray.

El agente tardó unos segundos en reaccionar, pero después les pidió que le siguieran. El lugar era realmente hermoso y una rara joya en una ciudad en la que se había construido más pensando en el dinero que en la estética. Atravesaron el jardín y llegaron al edificio del fondo. El guarda entró en el edificio, y para sorpresa de los agentes, allí había más de un centenar de adolescentes desayunando. Siguieron caminando hasta llegar a un despacho; el guarda llamó y acto seguido entraron.

En una silla situada justamente enfrente, el deán les miraba con sus ojos inexpresivos. Sus labios estaban hinchados y la boca inflada, de la que caía una especie de baba verde que manchaba en parte su toga blanca. Priscila se aproximó a él y con un bolígrafo le abrió la boca. Dentro había una rana muerta, aplastada por los dientes y con las tripas fuera. La joven se apartó con repulsión, y cuando miró a Ray este le hizo un gesto.

—Creo que todavía está en el edificio —dijo el agente mientras quitaba su mano de la del muerto— el cuerpo sigue caliente.

El guarda estaba petrificado, sudaba copiosamente y con un pañuelo se quitaba la gorra y se secaba su gran calva.

—Avisé a seguridad, que cierren el edificio. Después, que encierren a los chicos en el comedor, no pueden salir de allí hasta nueva orden —dijo Ray.

Mientras el guarda hablaba por radio, los dos agentes se dirigieron al amplio jardín. La valla no era muy alta y el asesino podía saltarla con facilidad. Cuando un par de guardas se les acercaron, Ray les ordenó que vigilaran todo el perímetro.

Tenían que atraparlo antes de que escapara. No habían llegado a tiempo, pero aún podían agarrarlo y detener su macabra misión.

## Capítulo 13



LOS dos agentes entraron al edificio del monasterio; parecía tranquilo. El claustro estaba vacío, tenuemente iluminado por las luces del amanecer. Priscila se sintió transportada a otra época, en la que la prisa y el bullicio no existían y el mundo estaba hecho a la medida del hombre. Se separaron y cada uno fue por un lado de los soportales; el asesino podía esconderse en cualquier parte.

La joven entró en una de las estancias laterales. La oscuridad lo invadía todo, tocó a tientas la pared hasta dar con el interruptor, y después prendió la luz y la habitación se encendió mostrando una pequeña capilla con varios santos y vírgenes. Apagó otra vez la luz y siguió caminando. Cuando los dos agentes se juntaron de nuevo, Ray hizo un gesto con la mano para que entraran en la capilla. Ray pasó primero, sin dejar de apuntar a todos lados; después Priscila, que le imitaba como una automática.

Entonces ella lo sintió. La sensación era difícil de explicar. Se parecía más a un presentimiento que a una intuición, pero sin duda percibía la presencia diabólica del asesino dentro de la capilla. Priscila levantó la vista e intentó localizar al hombre, pero no vio nada anormal.

—Voy a intentar buscar las luces —dijo Ray en un susurro, y desapareció.

La soledad de aquel lugar puso a Priscila los pelos de punta, su corazón comenzó a latir con fuerza y su respiración era agitada. En ese momento escuchó una voz. No supo si únicamente la oía en su cabeza o era audible para Ray.

—Lo has hecho muy bien, estas ayudándome a cumplir las profecías. La gente como tú, incapaz de creer, son de gran ayuda a nuestra causa. Mientras sigamos actuando sin que a nadie le importe, nos haremos más fuertes. El día está llegando y tú estarás en primera fila para verlo —dijo una voz susurrante.

Priscila se giró y buscó en las sombras, pero no vio nada. Cuando la luz inundó toda la capilla, Ray gritó algo que ella no logró comprender, estaba demasiado asustada para reaccionar.

—¡Por la puerta del altar!

Cuando la joven se volvió, únicamente contempló una sombra que salía por la puerta y un fuerte portazo.

Corrieron con todas sus fuerzas, después salieron a unos hermosos jardines y la sombra se introdujo entre los árboles. Los agentes siguieron al asesino hasta una valla cubierta de hiedra. El asesino saltó al otro lado y ellos le siguieron; había varias pistas de tenis a la derecha y una arboleda a la izquierda. Cuando salieron de los árboles, escucharon un auto arrancar y salir a toda velocidad.

Priscila corrió hacia el viejo Toyota, pero Ray, agachado y sin aliento, le hizo un gesto para que se detuviera.

—Con ese viejo trasto nunca le atraparemos —dijo Ray, entre jadeos.

—Pero...

—Tendremos que intentarlo la próxima vez, he visto el modelo del auto y lo denunciaré ahora mismo, aunque seguramente será robado —dijo Ray llamando por la emisora.

—Hemos estado tan cerca —dijo Priscila sentándose en el auto.

—No te preocupes, ese tipo está acabado —comentó Ray.

—¿Le escuchaste hablar en la capilla? —preguntó Priscila.

—No, no escuché nada —dijo Ray con cara de sorpresa.

En ese momento Priscila supo que alguien le había escogido para aquella misión, y el solo sonido de su nombre le producía escalofríos.

## Capítulo 14



EL día pasó rápidamente. Priscila había intentado dormir un poco antes del almuerzo, pero no pudo conciliar el sueño. Seis víctimas y menos de veinticuatro horas para atrapar al asesino antes de que volviera a matar.

La joven se levantó de la cama y se sirvió un café bien cargado. La noche sería larga y quería encontrarse despejada. Repasó de nuevo las profecías de la copas y después se quedó sentada en el sillón, con el iPad a un lado, intentando recordar las palabras exactas que había escuchado en la capilla del monasterio.

En los últimos años se había alejado de todo lo sobrenatural. Tras ser criada en un ambiente cristiano en el que todo se interpretaba desde el punto de vista espiritual, Priscila había querido experimentar cierta clase de libertad, en la que no tienes que rendir cuentas a nadie, ni siquiera a tu conciencia. Aunque curiosamente, siempre había notado que había fuerzas sobrenaturales que seguían actuando aunque las ignorase. Aquel desagradable caso le había vuelto a abrir a ese tipo de experiencias.

A medida que estudiaba más la mente criminal, era más consciente de que una eterna lucha entre el bien y el mal se desarrollaba dentro del ser humano y en la sociedad. Era cierto que gran parte de la criminología estaba sustentada sobre el determinismo social. La escuela clásica, la escuela positivista o la escuela de Chicago, buscaban las causas del crimen, pero siempre dentro del marco racional. La mente criminal siempre era el resultado del trastorno mental. La sociología de la desviación reducía la conducta criminal a la influencia de la sociedad sobre individuos enfermos, víctimas de la sociedad y de las normas. Los asesinos en serie no entendían por qué había que cumplir las normas, ellos las veían como meros acuerdos mayoritarios con los que se reprimía la personalidad del individuo.

Lo que más aterraba a Priscila era ese tipo de criminales que se salían del molde. Personas que sin una educación nefasta y con un buen nivel económico y cultural, se comportaban de una forma despiadada.

Priscila miró de nuevo la última profecía:

*El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.*

La profecía era muy ambigua, pero sin duda hablaba de un terremoto o explosión, de una isla y una fuerte tormenta de granizo. Cuando Priscila miró el reloj se quedó sorprendida de la hora que era. Ray le esperaba en la calle a las ocho de la noche y apenas le quedaba media hora para arreglarse y bajar.

Tras salir de la ducha, Priscila comprobó su teléfono, tenía una llamada perdida de su tía Clarisa y un mensaje en el contestador. Activó el contestador, y lo que escuchó al otro lado de la línea le produjo un escalofrío: «Querida Pris. Ten mucho cuidado, no te estás enfrentando a un asesino, te estás enfrentando al mismo diablo. Lucha con tu espíritu y vencerás».

## Capítulo 15



LOS dos agentes examinaron el mapa una y otra vez. En la ciudad de Miami había muchas islas, algunas de ellas eran artificiales, creadas para construir zonas residenciales. Aunque las islas más conocidas y grandes eran la isla de Bicayne, un gran número de cayos que llegaban hasta Key West, la isla de Miami Beach, la isla Fisher y la de Virginia Key.

—Hay demasiadas islas, eso si no contamos las artificiales y los cayos —dijo Ray. Aquel caso le estaba sacando de sus casillas. Nunca en su larga carrera profesional se había enfrentado a un asesino como ese. La mayoría de los asesinos en serie no dejaban de ser chiflados con ansias de notoriedad y de poner en práctica sus desagradables fantasías, pero aquel tipo era diferente.

—Debemos pensar en la isla, pero también habla de Babilonia, una explosión... —dijo Priscila.

—¿Qué dice la Biblia sobre Babilonia? —preguntó a Priscila.

—No soy una experta de la Biblia, pero según el iPad se trata de una ciudad mesopotámica, en ella estuvo ubicado un gran imperio y los judíos fueron deportados allí; desde ese momento se convirtió en un símbolo de idolatría, inmoralidad y adivinación —comentó Priscila.

Ray no entendía nada de toda esa jerga religiosa, pero sin duda el asesino la empleaba para realizar sus crímenes y ellos debían intentar pensar como el asesino.

—Para el asesino, ¿qué puede significar esa Babilonia la Grande? —preguntó Ray.

—Mira lo que dice aquí:

*Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS*

*ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro*<sup>[2]</sup>.

—Lo cierto es que no me dice nada —comentó Ray.

—Según algunos comentaristas, esa Babilonia la Grande puede ser la Iglesia Católica, pero otros hablan de todos los sistemas religiosos corruptos, todos los que han perseguido al cristianismo —dijo Priscila.

—Tenemos que buscar templos en las islas. ¿Cuántas iglesias hay? —preguntó Ray.

Priscila hizo el recuento.

—En la isla de Bicayne hay cuatro iglesias, una de ellas católica. En los cayos que llegan hasta Key West hay casi un centenar, la mayoría de ellas evangélicas, pero también algunas católicas. En la isla de Miami Beach hay más de medio centenar. En la isla Fisher y la de Virginia Key no hay ninguna.

—No podemos investigar cada una de ellas —dijo Ray.

—Tardaríamos semanas —comentó Priscila.

—Centrémonos en las católicas.

Priscila tardó un par de minutos en localizar todas.

—En la isla de Bicayne hay únicamente una, Santa Agnes; en los cayos hay dos más importantes: la de San Pedro y otra llamada de San Pablo —dijo la joven.

—¿Cuántas hay en Miami Beach? —preguntó Ray.

—La iglesia de San Patricio, la iglesia de San José y San Francisco —comentó Priscila.

—Son más o menos seis iglesias —dijo Ray—. Ese número es más factible de investigar, pero están demasiado dispersas.

El tiempo pasaba volando y ya era media noche; el asesino podía actuar en cualquier momento.

—Será mejor que visitemos todas esas iglesias y comprobemos que no hay nada sospechoso. Aquí sentados no podemos hacer nada —dijo Ray.

Los dos agentes decidieron comenzar por las más alejadas en la zona sur de los cayos. La iglesia de San Pablo ya no estaba en la zona indicada, continuaron camino hasta el sur y llegaron a la iglesia de San Pedro, pero se encontraron con el mismo problema.

—¡Maldita sea! ¿Por qué alguien no actualiza todas estas direcciones? Estamos perdiendo un tiempo precioso —se quejó Ray. Después apretó el acelerador para dirigirse a toda velocidad a la isla de Bicayne.

Cuando llegaron a la isla se dirigieron rápidamente a la iglesia de San Agnes, una pequeña capilla en una hermosa zona residencial. Aquel no parecía el sitio propicio para que el asesino realizara su último y espectacular crimen. Eran las cinco de la madrugada cuando se dirigieron a Miami Beach, les faltaban dos iglesias más por

comprobar. Aquellas eran sus dos últimas opciones; si se equivocaban, tendrían que volver a empezar de cero.

## Capítulo 16



LA iglesia de San Patricio, dedicada al patrón de Irlanda, era una bella capilla en el corazón de Miami Beach, su gran escuela se había convertido con los años en uno de los referentes educativos del condado. La tranquila y próspera congregación católica de la zona no sabía la desgracia que se cernía sobre ellos, si Priscila Serrano y Ray Charles no lograban impedirlo.

A las seis de la mañana ya se podía ver la calle iluminada por el caluroso sol del verano. Su hermoso y cuidado jardín repleto de flores tropicales y exuberantes palmeras se mostraba en todo su esplendor. Los dos agentes aparcaron su auto justo enfrente y se aproximaron a la puerta principal.

La iglesia estaba abierta a pesar de que la primera misa no estaba prevista hasta las siete de la mañana. Había algunas lámparas encendidas y la luz penetraba tímidamente por el gran rosetón de la fachada principal. La capilla era muy luminosa, sencilla y elegante. Todo en ella respiraba luz y armonía, nada que ver con las oscuras ideas del «Asesino de la Iglesia».

Priscila y Ray observaron los bancos vacíos y a un hombre que de rodillas rezaba muy cerca del altar. Estaba vestido de negro, su cabello oscuro le caía sobre el rostro. Los agentes extrajeron sus armas y se acercaron con sigilo hasta el hombre. Cuando llegaron hasta él, se dieron cuenta de que tenía las manos atadas con un nudo corredizo que llegaba hasta sus piernas, y cuanto más intentaba liberarse, más se asfixiaba. El rostro del hombre estaba hinchado y rojo, el cabello moreno era una peluca, que intentaba disimular el rostro amoratado del sacerdote.

Escucharon unas pisadas y se giraron. Les pareció ver a un hombre corriendo hacia las salas del fondo. Ray salió corriendo tras él, mientras Priscila intentaba cortar las cuerdas; el sacerdote todavía estaba vivo.

Cuando la joven logró cortar las cuerdas, el sacerdote se derrumbó en el fresco piso de la capilla. Respiraba con dificultad, y por la comisura de los labios le caía algo de baba. Priscila le tomó el pulso, después sacó su teléfono, pero justo cuando

estaba a punto de llamar, recibió una patada en la mano que hizo que su celular se estrellara en el altar. La joven reaccionó poniéndose en pie, pero una fuerte patada en el pecho la derrumbó al suelo. El hombre actuó rápidamente, le ató las manos y la colocó junto al cuerpo del sacerdote.

No había conseguido verle el rostro, pero notó sus brazos fuertes y la agilidad con la que actuaba.

Cuando al final logró mirarle, el asesino le mostró su verdadero rostro. Ella le había imaginado horroroso, con las facciones desfiguradas y una expresión repulsiva, y por eso le sorprendió ver a un hombre de unos treinta y cinco años, de cabello rubio, muy atractivo y musculoso. Su cabello largo le caía hasta los hombros y sus penetrantes ojos azules mostraban una frialdad indescriptible.

—Querida Priscila, he esperado con cierta ansiedad nuestro encuentro. Creo que el destino te eligió para ayudarme en mi tarea. Las siete muertes están a punto de completarse, este es únicamente el primer paso —dijo el asesino sonriente.

—¿Por qué mataste a esos pastores y sacerdotes? Ellos eran inocentes —dijo Priscila con voz temblorosa.

—¿Inocentes? Eran una panda de hipócritas y mentirosos, mentes débiles que únicamente pensaban en ellos mismos. He conocido muchos como ellos, hablan contra mi maestro pero en el fondo le sirven en secreto. Ahora ya no engañarán a más gente —dijo el asesino sin dejar de sonreír. Su voz era suave y tenía un gran autocontrol.

Priscila intentó recordar lo que había estudiado. Cuando te encontrabas frente a frente con un asesino en serie, tenías por un lado que provocarle, pero por otro halagarle, para que te diera toda la información posible.

—Pero ¿por qué ellos? —preguntó Priscila.

—El viejo Mark Power era un glotón, pecando con la gula y su deseo insaciable de comer como un cerdo. Por eso murió comiendo —dijo el asesino.

—Pero ¿qué tenías contra John Byron? Al parecer su conducta parecía intachable —dijo la joven.

—El reverendo Byron era un perezoso, incapaz de atender a su congregación; merecía morir como el resto.

—El sacerdote Marcelino Fuentes era un hombre trabajador y honrado —comentó Priscila.

—Sin duda, pero un lujurioso. Desde su juventud había tenido varias amantes e hijos ilegítimos —comentó el asesino.

—¿Qué me dices de Peter Ramírez?

—Un avaricioso que únicamente servía al lujo y al dinero.

—El pastor Ken Thomas era muy joven, estaba empezando en su ministerio —dijo Priscila.

—El joven seminarista era un envidioso, no soportaba que otros le hicieran sombra y creía que conseguiría grandes cosas —comentó el asesino.

—Pero él no estaba en tu primera lista, ¿verdad? —preguntó la joven.

El asesino se agachó hasta el rostro de Priscila. La miró a los ojos y con una voz suave le dijo:

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad? Cuando te he dicho que fuiste elegida. Mi espíritu guía me indicó que tú serías elegida. Ese espíritu guía me indicó lo que debía hacer, yo soy un simple siervo. Un instrumento en las manos de mi señor.

Priscila comenzó a temblar; aquel hombre la conocía, o en su delirio creía que un espíritu le dirigía. Muchos asesinos en serie hablaban de demonios, voces o seres que les obligaban a ejecutar sus crímenes.

—Mientes —dijo la joven.

—Sé muchas cosas de ti, más de las que te gustaría. Conozco a tu madre, esa mojugata que vive en Santo Domingo. ¿Te creíste que tu padre desapareció y que tu madre es una mujer cristiana y virtuosa? Ella era una prostituta, no sabe quién fue tu padre, aunque yo si lo sé. Fuiste elegida, querida Priscila.

Al escuchar su nombre en labios de aquel sádico y malévolo ser, la joven volvió a estremecerse.

—No sigas, tú no eres culpable, has perdido el control y nadie te meterá en la cárcel por esto. Pasarás unos años en un centro mental y cuando te cures saldrás a la calle —dijo la joven.

—¿Crees que estoy loco? ¿Es eso lo que crees? —preguntó el hombre con los ojos desorbitados. Su rostro se transformó, y la joven por unos instantes pudo ver la verdadera imagen de aquel asesino.

Unos años antes había leído la famosa novela de Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Grey*, en el que la maldad de un hombre se ve reflejada en un retrato mientras él se conserva joven, sano y bello. Aquello fue exactamente lo mismo, como si alguien hubiera apartado un velo de los ojos de la joven y ahora pudiera ver las cosas con claridad.

—Ahora será mejor que termine el trabajo —dijo el asesino con una voz áspera y monstruosa.

El sacerdote que seguía amordazado intentó arrastrarse cuando el asesino se acercó a él. Priscila intentó deshacerse del nudo de sus muñecas, pero la cuerda estaba muy fuerte.

—¿Hijo de Dios o hijo del diablo? Tu ira se vuelve sobre ti. La ira con la que mataste cuando eras joven en Irlanda... —dijo el asesino levantando un cuchillo.

La isla era Irlanda, pensó Priscila, y las explosiones el terrorismo. Aquel sacerdote había sido un terrorista del IRA.

Antes de que el asesino bajara el cuchillo, Priscila logró liberarse, sacó su arma y le apuntó.

—¡Quieto, no te muevas! —gritó la agente.

—Muy bien, sigues con el plan previsto —dijo el asesino sin darse la vuelta.

—Suelta esa arma —dijo la joven.

—Por Satanás, por Belcebú, que el Falso Profeta se levante para liberar a la humanidad de la tiranía del Dios mentiroso y cruel —dijo el asesino mientras se agachaba e hincaba su afilado cuchillo en el pecho del sacerdote.

Priscila descargó toda su arma sobre la espalda del asesino. No podía dejar de disparar sobre él. Cuando se acercó hasta él, aún estaba vivo.

—Muy bien hecho, consumado es. Dentro de unos segundos se producirá el terremoto. Escapa —dijo el asesino.

La joven tardó unos segundos en reaccionar. Después miró al sacerdote: estaba muerto; se giró y comenzó a correr hacia la salida. Casi en la entrada encontró el cuerpo maniatado de su compañero. Lo arrastró sin dejar de correr. Apenas habían cruzado el umbral de la puerta cuando una fuerte explosión los derrumbó. Cayeron por las escaleras, mientras cientos de fragmentos les pasaban rozando.

Cuando se levantaron del suelo, tenían el cuerpo lleno de pequeños cortes, los oídos taponados por la explosión y los ojos totalmente cegados por el polvo y el humo.

Una nube gris cubría la hermosa parte oeste de Miami Beach, mientras el sol lograba imponerse en el resto de la ciudad, como si las tinieblas aún no hubieran logrado imponerse por completo a la luz.

## Epílogo



EL caso estaba cerrado, aunque Priscila y Ray recalcaron en su informe que Amadeus Speck no actuaba en solitario. El FBI ya tenía un culpable y prefería una pírrica victoria a que la gente de Florida siguiera temiendo a un grupo misterioso que había sembrado el terror en las últimas semanas.

Priscila aceptó las dos semanas de vacaciones que le ofreció su jefa. Tomó el primer vuelo para Santo Domingo; necesitaba ver a su madre y alejarse lo más posible de Miami. En cuanto regresara a la ciudad, pediría su traslado a otro estado.

Cuando el gran avión de American Airlines divisó el aeropuerto de Santo Domingo, comenzaron las maniobras de aterrizaje. La joven cerró los ojos e hizo una breve oración, pero a su mente acudieron las últimas palabras del asesino: «*Has sido elegida para esta misión*». Intentó borrar de su mente esas palabras, pero cuanto más lo intentaba, más se grababan en su cabeza. Entonces dos ideas cruzaron su mente, en el mismo instante que el avión aterrizó: ¿Quién era su padre? ¿Por qué su madre le había ocultado su identidad por tanto tiempo?

Cuando bajó del avión y tras tomar su equipaje se dirigió a la salida, y lo primero que vio fue a su madre. Seguía joven y guapa a pesar de los años; las dos se parecían, pero los ojos tristes de su madre reflejaban un dolor interior que le había ido consumiendo por dentro. Priscila soltó la maleta cuando su madre llegó hasta ella. Después se abrazaron, las dos comenzaron a llorar, hasta que la mujer entre sollozos le dijo a su hija:

—He orado mucho por ti. Has estado en un grave peligro, pido a Dios que tomes las decisiones correctas. En esta guerra no hay nadie neutral, querida niña. Todos estamos en un bando o en el otro.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

# Notas

[1] Apocalipsis 9.11. <<

[2] Apocalipsis 17.4-6. <<